

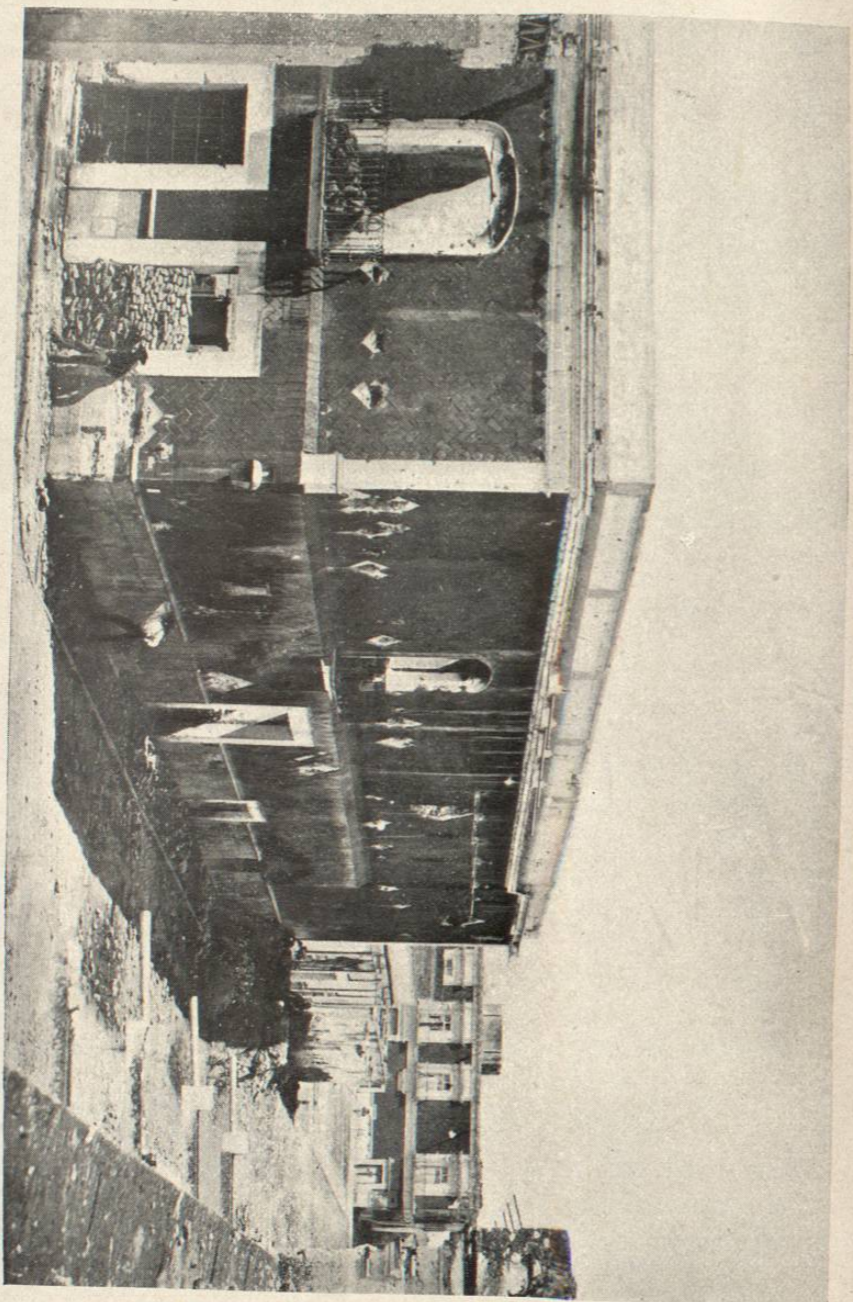


## CAPITULO XIX

### La Rendición

**D**ECIDIDAMENTE, Pancho se había metido por el ojo derecho de Porfirio: sabedor el Jefe de que Ortega había decretado ascensos á todos los oficiales que habían estado prisioneros, y que Miguel había saltado nada menos que á capitán, propuso también el mejoramiento de la situación de Francisco, quien subió un grado más y quedó por consecuencia en un todo igual á su hermano mayor.

Pero no era grados lo que se necesitaba; habíase menester provisiones de boca y guerra, hombres válidos y armamento, y esto no podía proporcionarlo la bondad de los jefes. Entre los subalternos se discutía la manera de terminar con la aventura. Se sabía bien que los ataques de Patoni en el Carmen y en Totimehuacán, eran un remedio heroico, algo semejante á lo que es una



Puebla.— Otra vista, después de la rendición de la plaza  
De fotografía

amputación peligrosa para un enfermo que está entre la vida y la muerte. Rechazados los de dentro con gran pérdida de vidas, no se encontraba salida á la situación y era imposible seguir sosteniéndola. Los generales se reunían en consejo, discutían y trataban largamente; pero sus deliberaciones quedaban ocultas para el *vulgum pecus* de los oficialillos, al cual permanecían los flamantes capitanes Caballeros. Solía Miguel, que por su prisión en el campo francés era muy solicitado, visitar á los ayudantes del General por si lograba, tirándoles de la lengua, averiguar algo de lo que todos deseaban saber; pero los del Estado mayor nada sabían ó lo ocultaban con mucho cuidado.

— Hemos hecho más que los doce pares de Francia, decía Lalanne. Sesenta días llevamos de sitio; tiraremos no sé cuántos más y todavía guardamos íntegra la ciudad, exceptuando el fuerte de San Javier y dos ó tres manzanas que abandonamos por inútiles. La ciudad de Zaragoza, que contaba con víveres, municiones y tropa superiores á los nuestros; que tenía fuertes firmemente construídos; que era una plaza militar científicamente arreglada y no abierta como Puebla; Zaragoza, en fin, que estaba llena por una población leal, entusiasta y decidida contra el invasor, y no por canónigos bellacos ni sacristanes traidores, que se quejan porque no comen, tuvo que parlamentar con el invasor... Nosotros no habla-

remos de rendirnos, y no rindiéndonos seremos dignos descendientes de los héroes de Zaragoza y de los del sitio de México.

Y lo que decía el bravo ayudante de Ortega, lo decían casi todos los jefes y oficiales. «¡Adelante, que ya estamos aquí! Sabremos lo que es morir de necesidad ó morir de sablazo...»

El diez y seis de Mayo, cuando la gente perecía de hambre, pero todavía aguardaban los defensores continuar en su empeño, Miguel recibió un recado del Cuartel general. Estaba Ortega en su despacho, en unión de su indispensable Mendoza; acababa seguramente de regresar de su diaria visita á los fuertes, reductos, puestos y almacenes, pues todavía guardaba el capote militar que se había puesto por la mañana. Vestía de color gris y llevaba un sombrero de fieltro; estaba pálido y nervioso, y se azotaba las botas con un fuetecillo.

— ¿Se llamó ya, preguntó con voz imperativa, á ese capitán de Guanajuato?

— Aquí le tiene usted, contestó Mendoza.

— Presente, mi General, balbuceó Olivos, tocándose el quepis.

— Bien, dijo el Jefe mirando apenas á Miguel; déle usted sus órdenes, agregó dirigiéndose al Cuartelmaestre, y despachen eso en seguida... ¿Están listos Lalanne y Togno?

— Sí, señor.

— Pues á arreglarlo todo... No necesito decírselo; tome de mis caballos el que le convenga.

— Ya sabe usted que yo estoy ajuarado con mi mata-lote...

— Como guste, pero que eso sea pronto.

Salió el Jefe, y Mendoza le preguntó á Miguel:

— ¿Tiene listo su caballo, señor Capitán?

— No, mi General; no tengo caballo porque... me lo comí.

Parecióle al otro la cosa más natural del mundo que los militares se comieran sus caballos, y le dijo:

— Pues de orden mía, prevenga que le ensillen uno del General en jefe.

Cuando salió el de los Olivos de las caballerizas del Obispado, donde antiguamente habían comido las sagradas mulitas de Nuestro Amo y donde entonces rumiaban maíz los cuacos liberalescos del General zacatecano, se encontró á Mendoza acompañado del coronel Lalanne y del comandante Togno. Iban montados éstos en sendos caballos negros, y el gran Mendoza oprimía los lomos de una rata tordilla, que ni en sus mejores tiempos debe de haber llegado á valer diez pesos.

Salieron los cuatro caballeros rumbo al campamento francés, y luego que se anunció, mediante las señas acostumbradas, que llegaban parlamentarios del ejército me-

xicano, salieron á recibirles el capitán Verzin, del primero de zuavos, un sargento de cazadores de á pie, llamado Delhonéte y dos soldados de cazadores de Africa. Con los ojos vendados atravesaron los parlamentarios una gran-



Los baños del Paseo, después de la rendición de la Plaza  
De fotografía

dísima extensión de campo, y aunque comprendían que se les paseaba por un solo trecho, como en las pruebas masonicas, se conformaron con el deseo de los conductores, que trataban de extraviarles, señalándoles ríos, arroyos, fosos, contrafosos, cortaduras, parapetos y fortines imaginarios.

Llegaron así al campamento del primer batallón de

zuavos. El coronel Martin salió á recibirles, mandó quitarles las vendas y dispuso comunicar al general Forey la presencia de los enviados. Los zuavos descansaban unos á la bartola, fumando las enormes pipas llenas de tabaco oriental; otros comían á dos carrillos el pan blanco y la carne sabrosa, ó bebían á sorbitos el café mexicano más escogido; los más jugaban á las cartas, referían cuentos verdes ó cantaban el *petit zouave*, ó alguna de las innumerables tonadillas de regimiento: era la beatitud de estómagos satisfechos tras del almuerzo, que se sentían llenos de optimismo y más si se comparaban con los pobres mexicanos presos dentro de las murallas, sin tener que comer y con obligación de batir el cobre.

— Almorzaréis en mi compañía, señores, dijo Martin galantemente.

— Ya almorzamos, señor Coronel, repuso Mendoza por medio de Olivos; por cierto que nuestra colación fué copiosa y que nos causaría mucho daño el empezar de nuevo.

El Coronel guiñó el ojo á un oficial que estaba cercano, como diciéndole: «Lo que hayan comido estos cuatro, no me alimentaría por dos minutos.»

— Pero no rehusaréis, continuó, un refresco, una *absinthe*; hace tanto calor...

— Eso sí aceptaremos, señor Coronel; yo nada beberé porque no lo cato; pero quizás estos jóvenes...

Mandó el General que se sirvieran las copas, y Lalanne, fijándose en el número del batallón, dijo como descuidadamente:

— Perdonad, mi Coronel; ¿la bandera de este cuerpo no fué atravesada por un casco de metralla en San Martino? Si no ha sido cambiada, el ala del águila debe de tener todavía la huella...

Encantado el Coronel, mostró la bandera agujereada en semejante sitio y mandó reponer el ajenjo. Llegó en eso la respuesta de Forey, pidieron los mexicanos licencia para partirse y emprendieron de nuevo el camino con los ojos vendados. Llegaron en eso á un foso de circunvalación que habían abierto los franceses, ya cerca del cerro de San Juan.

— Quitaos las vendas, dijo el Capitán; este paso es peligroso, señores, y quizás no podríais atravesarlo con los ojos tapados.

Saltaron Lalanne, Togno y Miguel; González Mendoza azuzó á su caballo, le picó espuelas, le aflojó la rienda, le impulsó chasqueando la lengua, y el maldito matalote, llamándose andana, se detenía al contemplar aquel agujero ancho, profundo, lleno de agua y ante el cual consideraba incapaces sus débiles fuerzas. Por fin, hizo el impulso, alzó las manos, abrió las patas, y allá cayeron caballo y jinete al fondo de la abertura. Conmoción de todo el mundo.

— ¡Mi General!...

— ¿Sufrió usted algo?

— ¿Qué le pasó, señor?

Se levantó Mendoza destilando lodo y agua sucia; y chapoteando con las famosas botas de hebillas en aquel suelo turbio y movedizo, exclamó con absoluta tranquilidad:

— Nada me sucedió; el caballito no pudo pasar el vallado y se fué á fondo.

Los cazadores de Africa se descñeron sus fajas, y mediante ellas izaron al Cuartelmaestre, que llegó arriba hecho una lástima, ajada la pluma del sombrero, rotas las carrilleras, manchado el traje y las manos llenas de rozaduras. Los soldados, con el agua del arroyo, que no tardó en asentarse, le limpiaron, dejándole presentable; pero el caballejo, en cambio, pasó todos los tormentos del mundo para salir de la sima. Hincaba las patas en el limo, se ayudaba con los belfos, y cuando lograba sacar un remo á flote, el otro estaba más enfangado; en fin, que fué necesaria toda la abnegación de los beneméritos soldados para mover aquel armazón de huesos y pellejo ataviado con montura de general.

Los parlamentarios vieron en eso que se acercaba un grupo de jinetes de sombrero tendido, acompañados de una mujer.

— ¡Son los traidores! señor, dijo Lalanne.

— *Voilà les marquésiens!* gritó el Capitán señalándoles con desprecio.

— ¡Es el tuerto Piña, Ismael Piña!

— ¡Y Antonio Romo, que estaba con nosotros!

— Traen una mujer.

— La conozco, apuntó Miguel; es una pobre muchacha seducida por este bellaco.

— ¡Bribón, retraidor! bramó Lalanne enseñándole los puños; razón tuvo el General en mandarte procesar por espía.

— Súbase en mi caballo, señor General; no se den cuenta esos indecentes de su aventura.

Subió Mendoza en el caballo colorado de Olivos y dejó el que él ocupaba, el tordillejo de marras, que estaba ya almohazado y capaz de presentarse en una parada.

— Señor, preguntó alguien, ¿por qué montó usted ese animalillo tan insignificante?

— Por mi oficio, hijo, por mi oficio; yo necesito escribir, trazar croquis, hacer apuntes, cien cosas más, y como no puedo traer conmigo una mesa, todo lo ejecuto sobre la cabeza de la silla. Si tuviera un caballo cabeceador y brioso, nada lograría arreglar.

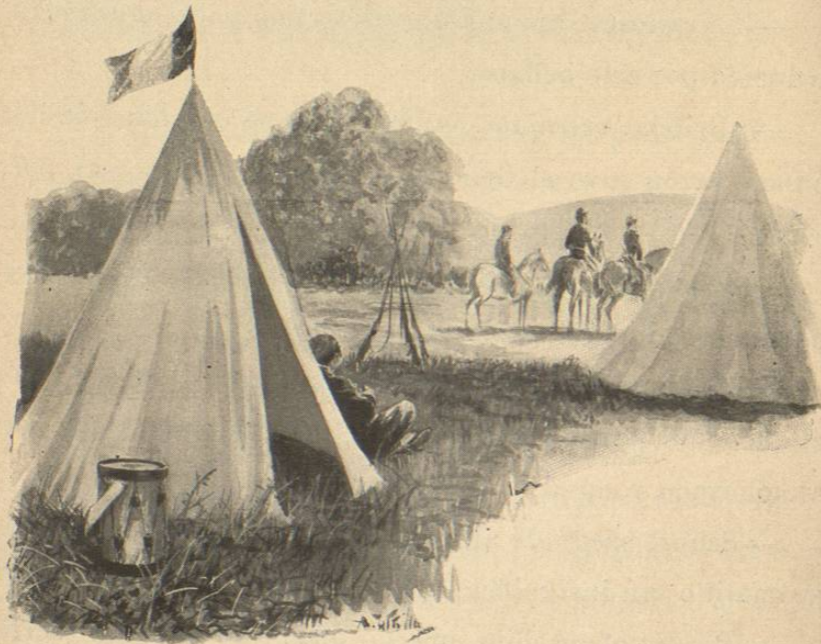
Llegaban en eso los mochos, ceremoniosos y saludadores, preguntando qué se ofrecía.

— ¡Nada queremos de traidores! gritó Lalanne.

— ¡Nada queremos de traidores! dijeron todos.

Y los bellacos se alejaron cariacontecidos, no sin que la mujer y el Antonio Romo ocultaran la cara al reconocer á Olivos.

Llegaron por fin al Cuartel general de Forey. Recibió-



les con exquisita cortesía el jefe del Estado mayor, coronel d'Auvergne. El Coronel era alto, flaco, acartonado, rubio y de mal gesto; parecía un cartujo que por penitencia anduviera en el siglo, y en realidad esa era la vocación de d'Auvergne, pues atacado de una especie de locura mística, tuvo que dejar el servicio, años más tarde, por haber ido llevando una de las varales del palio del Santísimo en

una procesión, vistiendo de todo uniforme y lleno de condecoraciones.

Forey tenía fama de ser un sargentón, mas como amo de casa era irreprochable. Ofreció de nuevo un tentempié á los recién llegados, y como rehusaran, les obsequió con un coñac que contaba más años que la monarquía francesa.

— Es exquisito, dijo Mendoza, que se atrevió á mojarse los labios con aquel néctar.

— Como que procede de las bodegas imperiales... Me favoreció S. M. con el regalo de unas cuantas botellas.

— ¿Y las mandó acá á V. E.?

— Sin duda; simplemente que el mensajero no puede presentaros sus respetos porque está en el hospital, convaleciente de una herida que recibió en Puebla: se llama el marqués de Gallifet.

Llegó en eso el criado trayendo una bandeja colmada de riquísimas galletas, y los muchachos ayudantes, en menos que se cuenta el caso, dieron fin á la provisión.

Mendoza, con toda corrección, desfloró el borde de una de aquellas piecillas y empezó á hablar así:

— Señor General: comisionado por el señor General en jefe de la plaza de Puebla, vengo á suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin á este sitio, que ya se prolonga demasiado...